

MIGUEL ANGEL TROITIÑO VINUESA
Departamento de Geografía Humana. Universidad Complutense. Madrid

DIMENSION APLICADA Y UTILIDAD SOCIAL DE LA GEOGRAFIA HUMANA

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

En el umbral de los noventa resulta oportuno reflexionar sobre la finalidad y operatividad del conocimiento geográfico. La dimensión aplicada es, sin duda, uno de los pilares de la geografía actual y constituye, centrándola alrededor de los problemas territoriales y ambientales, uno de los caminos para vertebrar el proyecto geográfico de conocimiento. Una perspectiva integradora, centrada en el análisis de las dinámicas del espacio humanizado y orientada a territorializar la geografía humana, puede permitir superar las limitaciones operativas del análisis geográfico y dotarlo de capacidad propositiva.

* * *

Dimension appliquée et utilité sociale de la géographie humaine.- Au début des années 1990 il semble convenable réfléchir sur la finalité et l'opérativité de la connaissance géographique. La dimension appliquée est sans doute un des piliers de la géographie actuelle et, centrée autour des problèmes territoriaux et environnementaux, elle constitue une des voies pour l'organisation du projet géographique de connaissance. Fondée sur l'analyse des dynamiques de l'espace humanisé, et orientée à territorialiser la géographie humaine, une perspective intégratrice peut aider à dépasser les limitations opératives de l'analyse géographique et à lui doter de capacité propositive.

* * *

Applicability and social utility of Human Geography.- At the beginning of the nineties it seems convenient to consider the finality and operativity of geographical thought. Applicability centered around territorial and environmental problems is doubtless one of the supports of today's geography and constitute one of the ways to organize the geographical project of thought. A comprehensive perspective founded upon the analysis of humanized space dynamics and orientated toward the territorialization of Human Geography can allow to overcome the operative limitations of geographical analysis and to endow it with a propositive capacity.

PALABRAS CLAVE: geografía aplicada, análisis propositivo, territorio, perspectiva integradora, teoría geográfica, utilidad social.

MOTS CLÉ: géographie appliquée, analyse propositive, territoire, perspective intégratrice, théorie géographique, utilité sociale.

KEY WORDS: applied geography, propositive analysis, territory, comprehensive perspective, geographical theory, social utility.

El saber geográfico es un saber útil para describir y explicar lo que ocurre en la superficie de nuestro planeta; para hacer la guerra, escribió Yves Lacoste en pleno debate redical; para dialogar con el mundo, ha señalado Nicolás Ortega; o para hablar del territorio como diría Jean Paul Ferrier. Además, también puede y debe servir para ordenar y gestionar el territorio al servicio de la sociedad; este es el gran reto de la geografía española en las postrimerías del siglo XX.

I. EL PANORAMA ACTUAL DE LA GEOGRAFIA HUMANA: PROBLEMAS DE APLICACION Y DE VERTEBRACION

En el umbral de los noventa la geografía humana, tras una etapa rica en afanes de cambio, pronunciamientos de abierta ruptura con la tradición, cíclicas crisis de identidad y fracasadas revoluciones, presenta un panorama plural donde aún subsiste cierto nivel de indefinición y dispersión. Continúa

buscando renovar sus horizontes y para ello se abre, en unos casos, a nuevos ámbitos de conocimiento y, en otros, reformula y adapta al momento presente formulaciones tradicionales (Gómez Mendoza, 1986). Nos encontramos en una situación donde se ha señalado que, en el marco de un contexto caracterizado por un esfuerzo reflexivo de integración y de cierta reconciliación epistemológica, coexisten pluralidad de tradiciones y ninguna filosofía puede reclamar la hegemonía teórica en geografía (GARCIA RAMON, 1989).

La ausencia de un cuerpo sólido de doctrina que sea aceptado por la mayoría de los geógrafos y la pervivencia de un cierto estado de ebullición, donde no se logra consolidar un nuevo proyecto, ha llevado a que algunos autores se inclinen, con ciertas matizaciones, por un enfoque ecléctico: «el enfoque más adecuado puede ser el ecléctico, que tome de la geografía radical el gran referente y de la geografía cuantitativa los métodos y las técnicas de análisis, sin olvidar las propuestas humanistas en todo lo que supone una ampliación del modelo de hombre y del espacio geográfico» (ESTEBANEZ, J., 1990, p. 64).

La valoración de lo ocurrido en los últimos años es, como la propia geografía, también plural. Para algunos autores no estaría justificada la pervivencia de un sentimiento de malestar por el estado de la disciplina, al haber terminado el periodo de reestructuración y ser la geografía una ciencia social cuyo papel se afirma cada vez más (CLAVAL, 1987). Otros, pese a reconocer la existencia de formulaciones y planteamientos integradores y renovadores, han señalado que la pervivencia de un alto grado de dispersión puede propiciar la indefinición. La indefinición no es buena compañera en el momento de centrar el proyecto geográfico dado que suele implicar el riesgo, señalado por Nicolás Ortega (1987), de convertir la geografía en una miscelánea de saberes superficiales. Por otro lado, continúa sin resolverse, quizás porque nunca se ha planteado con la profundidad y claridad necesarias, el problema de la finalidad y la operatividad actual del conocimiento geográfico.

El panorama actual de la geografía humana, plural y disperso, continúa ofreciendo elementos de inquietud e inseguridad al existir bastantes divergencias en aspectos fundamentales. Así se ha resalado o llamado la atención sobre la falta de acuerdos básicos en lo que debe entenderse por educación geográfica (JOHNSTON, 1984), sobre la ausencia de un lenguaje común para plantear inquietudes y problemas (HARVEY, 1985) y también sobre las dificultades para encontrar un terreno diferenciado en la práctica de la geografía (RACINE, 1981). A ello puede añadirse la ausencia de un principio de limitación, principio necesario tanto en el nacimiento como en la evolución de una disciplina científica. En las soluciones para reforzar la cientificidad de nuestra disciplina se diferencian, por un

lado, los defensores de la pluralidad de los discursos geográficos y, por otro, los que propugnan la totalidad disciplinar (BERNARD, 1988).

Centrar o reformular el proyecto geográfico de conocimiento, aceptando incluso la necesidad de limitarlo, continúa siendo algo necesario y que no está resultando nada fácil, dada la complejidad que entraña, en nuestros días, una definición certera y al mismo tiempo actualizada y fundamentada del quehacer de los geógrafos (GREGORY, 1984). Ello requiere buscar criterios de vertebración y articulación que resulten operativos y que sean asumidos por el grueso de la colectividad geográfica, esto tanto en el momento de identificarnos a nivel científico o profesional como cuando tratemos de dar explicaciones y respuestas a los problemas de nuestro tiempo. Problemas que, como la degradación del medio ambiente, el subdesarrollo, la ordenación y gestión del territorio, la distribución de los recursos, la urbanización, etc., tienen una indiscutible dimensión geográfica y un indudable interés social. Se trata, sin ningún género de dudas, de temas actualmente relevantes (CHISHOLM, 1971), que permitirían orientar o reconducir el trabajo de los geógrafos, tal como propugnaban las corrientes radicales de la década de los setenta, hacia la búsqueda de soluciones a los problemas sociales más urgentes.

La coyuntura sociopolítica actual, tras los impulsos neoliberales y el derrumbamiento del sistema comunista, es ciertamente bien diferente de la existente al comienzo de los setenta. Sin embargo, podemos y debemos seguir interrogándonos sobre el sentido, la validez y la operatividad actual del reto lanzado por los geógrafos radicales: hacer la geografía de la crisis para superar las crisis de la geografía (LACOSTE, 1977). En la explicación del sentimiento de malestar y de inseguridad que cíclicamente se apodera de los geógrafos, contagiados quizás por una disciplina, la geografía, a la que se ha llegado a considerar como una ciencia en crisis permanente, consideramos que es necesario dar más juego explicativo, por un lado, a los problemas relacionados con la limitada de capacidad operativa del razonamiento geográfico y, por otro, a las dificultades que el análisis geográfico ha encontrado para explicar, de forma convincente, los problemas territoriales de nuestro tiempo. Los problemas denunciados por los geógrafos radicales continúan vigentes e incluso acentuados en el momento actual; luego centrar el trabajo de los geógrafos alrededor de la explicación profunda de los problemas territoriales y ambientales de nuestra sociedad, no de los síntomas, continúa siendo un camino válido si verdaderamente estamos decididos a trabajar con el objetivo de lograr que la geografía tenga relevancia y utilidad social.

En el anterior sentido se han dirigido algunas de las transformaciones de las últimas décadas y la geografía humana actual presta una atención, cada día más importante, al estudio de las dimensiones

espaciales de la vida social e intenta consolidar una posición, en unos casos, y ocupar un lugar, en otros, entre las disciplinas que aportan soluciones a los problemas de la organización del territorio. Los indicadores territoriales, sociales, económicos y medioambientales reflejan con claridad que el modelo actual de utilización del planeta Tierra está tocando techo, la geografía no puede continuar estando silenciosa ante un problema tan trascendental y tiene la obligación, si quiere subsistir, no sólo de pronunciarse al respecto sino también de contribuir a configurar un modelo alternativo donde se introduzca la racionalidad geográfica en la ordenación del territorio y en la gestión y explotación de los recursos de nuestro planeta. No hacerlo sería reflejo, no sólo de cierta ceguera científica sino también de una lamentable ausencia de compromiso social. Nuestra sociedad continúa necesitando de la geografía tanto o más que en el pasado: «jamás se ha tenido tanta necesidad de la Geografía para poner orden en el desorden de la ingeniería mundial» (GEORGE, 1989, p. 206).

Vertebrar el conocimiento geográfico alrededor de un doble pilar, una concepción integradora de la geografía y una visión dinámica del espacio geográfico, entendido como producto social o cultural y marco de vida de nuestra sociedad (ISNARD, 1978), puede ser uno de los caminos donde merezca la pena seguir trabajando. En este sentido puede ser oportuno tener presente algo que a comienzos de los ochenta escribía el profesor García Fernández (1982, p. 217): «Pienso, y creo con firmeza, que la fuente de inspiración fundamental del geógrafo está en la propia Geografía. Buscarla en otras ciencias, por mucho que sean la clave del mundo, es no sólo sacar las cosas de quicio sino encontrar lo que no se busca. Y esto se ha hecho soberanamente. El geógrafo ha renegado de su propio oficio —¡que es duro hay que reconocerlo!—, y con inseguridad ha ido a los caminos trillados en donde había con unos propósitos muy distintos más hojarasca que hierba. Ha buscado el prestigio en otras ciencias mientras desprestigiaba a la suya. Y esto no tiene nada más que un nombre: complejo de inferioridad». Frente al camino de la imitación, apuesta por centrarse en la realidad, analizarla, reflexionar sobre ella, contrastar con lo descubierto por otras ciencias y perseverar en nuestro oficio: «el de explicar lo que existe en la superficie terrestre y las sociedades que con ella están vinculadas y relacionadas».

En esta misma dirección, aunque con argumentos más matizados, ha señalado Ferrier: «Favorable al desarrollo de los trabajos pluridisciplinarios, creo nefasto perder de vista la necesaria especificidad conceptual de cada rama del conocimiento, y fructuosas sus distintas profundizaciones... Deseo que la geografía tenga la ambición de desarrollo autónomo en relación con otras ramas del saber, y en particular, de la economía, la sociología y la arqui-

itectura» (1984, p. 50). No hay duda que quizás los geógrafos durante las últimas décadas, ya sea por complejo de inferioridad o por otras razones, hemos confiado demasiado poco en un proyecto de conocimiento propio, enraizado en nuestra propia tradición y articulado sobre la explicación dinámica del territorio.

Centrando nuestras preocupaciones, reflexiones y discusiones sobre el espacio geográfico será posible superar dependencias epistemológicas y mimetismos de ciencias afines; algo aún más necesario cuando se ha demostrado que el mimetismo no ha servido demasiado para centrar y avanzar en la definición de un proyecto geográfico de conocimiento claramente diferenciado. Ello quizás debido a caminar por senderos donde con cierta frecuencia se ha perdido el norte y donde: «La acumulación de errores así obtenida ha complicado la tarea de encontrar una dirección al trabajo que permita atribuir al objeto de la Geografía, es decir, el espacio geográfico, un interés que dé lugar a la elaboración de un conjunto de principios básicos, que puedan servir como guía para la formulación teórica, el trabajo empírico y, también, la acción» (SANTOS, 1990, p. 20).

La indagación en la propia tradición, entendida ésta en sentido amplio y fruto de la evolución de nuestra disciplina, puede continuar siendo un camino válido de reflexión sobre la razón de ser y la operatividad actual del conocimiento geográfico. Desde los años cincuenta, ante la necesidad tanto de dotarse de bases teóricas y metodológicas más adecuadas y coherentes a las necesidades del momento, de incorporar nuevos instrumentos y técnicas de análisis y de lograr, aunque no siempre se explicita, una mayor operatividad y eficacia, tendrán lugar cambios de diverso signo, en cualquier caso importantes, en la geografía y en el quehacer de los geógrafos. En esta búsqueda de nuevas bases y coherencias, en estrecha relación con los debates producidos en las ciencias sociales, se seguirá un camino plural, laberíntico en algunos casos, en el momento de tratar de adecuar la geografía a la dinámica de nuestra sociedad, a la mundialización de la economía y a la globalización del espacio geográfico. En la reflexión no siempre se ha sabido tender los necesarios puentes de conexión, entre el presente y el pasado o entre el mundo de la teoría y el mundo de la práctica; ello puede haber venido a dificultar la clarificación de los cometidos de la geografía humana en la última década del siglo XX.

Sin embargo, hay suficientes elementos como para poder afirmar que se ha producido un reforzamiento importante de la orientación aplicada de la geografía humana y que el panorama actual de nuestra ciencia, sin ser en exceso brillante, tiene elementos suficientes que estimulan a superar la sensación de malestar a la que hacía referencia Paul Claval. Podemos afrontar el futuro con cierto

grado de optimismo si asumimos como tarea: «hacer comprender el mundo y ayudar a vivir en él» (GEORGE, 1989, p. 7).

II. LOS PILARES DE LA GEOGRAFIA Y LA DIMENSION APLICADA

Hoy estamos ante una disciplina geográfica que dista mucho de ser monolítica y unidimensional, tiene múltiples caras y, si bien el espacio geográfico, entendido como producto social, espacio vivido, territorio, medio ambiente o lugar, continúa constituyendo el principal centro de atención de los geógrafos, se han diversificado los temas de interés, las técnicas de análisis y las maneras de presentar los resultados. Esta pluralidad, positiva al eliminar dogmatismos y diversificar los puntos de interés, también confiere cierta ambigüedad y fragilidad metodológica a nuestro trabajo; fragilidad y ambigüedad que se ponen de relieve en el mismo momento de tratar de identificar, tal como ha hecho Orlando Peña (1988), los pilares de la geografía actual. Este autor identifica siete vías o caminos; tres son considerados como tradicionales; geografía descripción, geografía explicación y geografía aplicación; y cuatro como más recientes en fase de consolidación: geografía sensibilización, geografía de los aparatos, geografía ocio y geografía espectáculo.

La diversidad de horizontes cognoscitivos y la multiplicidad de maneras de hacer geografía, quizás uno de nuestros flancos débiles por el riesgo de dispersión y enciclopedismo que encierran al estar poco asentado el principio de limitación, convertiría en un ensayo poco fructífero el pretender reflexionar sobre los amplios y heterogéneos dominios de la geografía humana. Por este motivo vamos a centrar nuestra reflexión sobre uno de los pilares o dimensiones de la geografía humana: el de la geografía utilitaria o aplicada, al ser nuestro campo prioritario de interés y donde, al haber desarrollado buena parte de nuestra actividad profesional, podemos aportar alguna idea original. Lo hacemos convencidos de que sólo una orientación aplicada en la formación de los geógrafos, ya desde el primer ciclo, permitirá formar profesionales que se desenvuelvan con soltura en el campo de la ordenación.

Realizamos una opción explícita en favor de una orientación aplicada de la geografía humana por considerar que debe ser una de las dimensiones en la formación básica del geógrafo y no un mero complemento o barniz, tal como se suele contemplar en los planes de estudio actualmente vigentes en la universidad española (LOPEZ PALOMEQUE; MOREL; URTEAGA y VILAGRASA, 1986). En este sentido, con una postura aún más tajante que la nuestra, ha señalado Campesino Fernández: «Nuestra actitud, respaldada por una década de experiencia profesional, apuesta sin titubeos

por una Geografía operativa que oriente con descaro las facetas docente e investigadora hacia la práctica profesional». (1989, p. 5).

En el momento actual, tras los cambios que la geografía humana ha conocido durante las últimas décadas, tanto en sus preocupaciones teóricas como en sus métodos y técnicas de trabajo, esta orientación aplicada, activa u operativa, es no sólo posible sino que resulta necesaria, quizás imprescindibles si queremos lograr que el geógrafo tenga un campo científico y profesional diferenciado. Solo así la geografía podrá tener una mayor utilidad y relevancia social en los ámbitos del planeamiento urbano, el medio ambiente o la ordenación del territorio, entendidos como campos de intervención o aplicación instrumental del saber geográfico. El geógrafo debe enfrentarse a un doble reto: por un lado, explicar la realidad que le rodea, por otro, contribuir a su ordenación y gestión.

Rastrear y reflexionar sobre la tradición y las actuales orientaciones aplicadas de la geografía es una tarea, somos consciente de ello, no exenta de riesgos y dificultades. No existen demasiadas reflexiones y pronunciamientos al respecto, quizás porque al tratarse de investigaciones utilitarias, alejadas de grandes preocupaciones teóricas, sólo de forma muy parcial y en fechas bastante recientes han interesado o preocupado al mundo académico al cual: «es necesario plantearle cuestiones más teóricas para que se sienta afectado» (CLAVAL, 1987, p. 23). Una demostración de la anterior afirmación puede encontrarse en el fracasado debate que sobre la práctica profesional del geógrafo en España pretendió abrir la Asociación de Geógrafos Españoles (A.G.E. 1984-85). La indigencia teórica que se le achaca a la geografía clásica es aún más evidente en lo referente a los problemas relacionados con la dimensión aplicada de nuestra disciplina.

Nuestra reflexión sobre la dimensión aplicada de la geografía humana trataremos de articularla, prioritariamente, en base a los problemas territoriales y urbanos, y la abordamos sin la preocupación «cientifista» que pudo impregnar a la geografía analítica o a los intentos de construir una nueva geografía sobre fundamentos marxistas. En función de ello no compartimos el punto de vista de algunos autores cuando señalan: «Nosotros hemos sostenido que la aplicación de la Geografía es la consecuencia normal de una meta metodológica rigurosamente científica, de carácter nomotético, siguiendo la cual nuestra disciplina, equipada de teorías, modelos y leyes, nos puede ayudar a determinar lo que pasa en el mundo y a tomar decisiones relacionadas con los cambios para mejorarlo» (PEÑA, 1988, p. 277). La aplicación debe ser el fruto de una voluntad explícita de ser útiles a la sociedad y puede estar presente en las diversas corrientes del pensamiento geográfico. Nos preocupa más la utilidad social de nuestro trabajo que entrar en el debate de la definición científica de la geografía.

El reforzamiento de la geografía aplicada en los últimos años, relacionado por algunos autores con la reestructuración del capitalismo (TAYLOR, 1985), es un hecho evidente que ha permitido que se hable, incluso, de la aparición de un nuevo paradigma de geografía aplicada (FRACIER, 1978); algo nada novedoso pues ya en los años sesenta se la adjetivaba como «nueva geografía» en contraposición a la geografía científica tradicional. La aplicación, aún cuando pueda ser uno de los puntos fuertes de algunas geografías, como es el caso de la británica (JOHNSTON, 1986), y permita reforzar la dimensión social de nuestra disciplina, no creo que deba usarse como argumento para fundamentar o justificar el nacimiento de un nuevo paradigma geográfico, más en un momento en que se cuestiona la utilización del modelo de paradigma para explicar la evolución del pensamiento geográfico. Este cuestionamiento se hace en base a que su utilización no parece que haya dado buenos resultados en el campo de la geografía, al haber contribuido a oscurecer los elementos de permanencia y continuidad existentes en el quehacer de los geógrafos y, con ello, haber propiciado las rupturas.

La aplicación es una de las dimensiones u orientaciones de la geografía humana, puede estar presente en cualquiera de sus ramas y apoyarse en diferentes enfoques teórico-conceptuales, si es que realmente hay preocupación por la acción. Así con referencia a la geografía del género se ha señalado: «El análisis del género tiene capacidad potencial para aportar nuevos enfoques y nuevos conceptos a la geografía humana y a la geografía social, sobre todo desde la perspectiva de una geografía «comprometida», es decir, comprometida con el cambio social» (GARCIA RAMON, 1989, p. 9).

No existe una definición u orientación unívoca de la geografía aplicada; depende de cómo se define el conocimiento básico y el tipo de ciencia que se desee practicar, luego la elección es eminentemente ideológica: «La ciencia empírico-positivista está vinculada a una ideología conservadora, poniendo el acento en el mantenimiento del status quo; la ciencia hermenéutica está asociada al liberalismo, poniendo énfasis en la libertad del individuo; y la ciencia realista está ligada a una ideología socialista; propugnando un cambio radical a través de la emancipación del individuo en su contexto social» (JOHNSTON, 1988, p. 138). En coherencia con este planteamiento existen, al menos, tres tipos de geografía aplicada o, quizás mejor, tres orientaciones aplicadas de la geografía.

Nuestra reflexión está orientada a buscar, desde el campo de la geografía, en general, y de la geografía humana, en particular, respuestas válidas y operativas a los problemas territoriales que nuestra sociedad tiene planteados. De esta manera la geografía puede reforzar su utilidad social y servir no sólo para describir y explicar la realidad que nos rodea, algo que debe continuar haciendo con rigor, si-

no también ayudar en la toma de decisiones y en la formulación de reivindicaciones. El geógrafo debe sacar partido de una ciencia transdisciplinar que investiga en el estratégico territorio de las relaciones entre naturaleza, sociedad y cultura.

La interpenetración entre la realidad, la teoría y la práctica resulta ciertamente imprescindible para evitar, entre otros peligros, caer en el mero pragmatismo tecnocrático o poner la ciencia geográfica al servicio de intereses particulares, peligros ya denunciados por las corrientes críticas en la década de los setenta (LACOSTE, 1977). Las cautelas o reticencias frente a la utilización social del saber geográfico también están presentes en las reflexiones sobre la reciente evolución del pensamiento en geografía humana: «Los esfuerzos desplegados en momentos muy recientes en el sentido de una amplia aproximación metodológica y epistemológica, si bien denotan el clima de mayor permeabilidad y tolerancia en que nos movemos, también expresan quizás algo mucho menos saludable, como son los intentos de resolver la insatisfacción producida por los propios resultados y una cierta dosis de oportunismo ante la evolución de las demandas de prácticas de significación o utilidad social» (GOMEZ MENDOZA, 1986, p. 6).

Estas reticencias y cautelas, estando justificadas en algunos casos, no pueden conducir a la falta de acción dado que las dinámicas sociales no se detienen y en cada circunstancia se plantean problemas y tienen lugar acontecimientos que es necesario afrontar, aún cuando no se conozcan todas las claves explicativas de los procesos; hay que asumir que las explicaciones puedan ser parciales y relativas. La falta de compromiso o las reticencias frente a la acción reflejan, con frecuencia, debilidades epistemológicas y, especialmente, carencias metodológicas en la trayectoria reciente de la geografía.

Resulta urgente establecer las pertinentes conexiones epistemológicas entre el mundo de la teoría y el mundo de la práctica: «La participación como geógrafos profesionales es la característica que permite enlazar la experiencia formativa de un colectivo con la reflexión teórica que todo colectivo se plantea realizar sobre dicha experiencia» (ALEGRE; TULLA, 1986. p. 242). Esto es algo que en geografía humana venimos descuidando de forma alarmante y preocupante. Este olvido o desinterés explica, en alguna medida, tanto las dificultades que los geógrafos españoles estamos teniendo para consolidarnos en el campo aplicado como que existan recelos, reticencias y falta de comunicación entre los «prácticos» y los «teóricos» de la disciplina, recelos que se explicitaron en las Jornadas de Geografía y Urbanismo de Salamanca (1984) o en las de Geografía y Planificación de Málaga (1986). Algo, por otra parte nada nuevo, de ello ya se lamentaba Gottman, en 1966, cuando comentaba la recelosa acogida que en el mundo universitario

francés había tenido su artículo «Del método de análisis en Geografía Humana» publicado en 1947.

Para la consolidación de la opción profesional del geógrafo en la ordenación y la planificación territorial en España, puede resultar un problema añadido, tal como ha señalado Mateu i Llevadot (1988), el recelo con el que desde ciertos ámbitos universitarios se contempla el desarrollo de la actividad profesional. Esto es debido a la falta de tradición en este campo, a la limitada formación de los geógrafos, en el mejor de los casos la geografía es una sección en las facultades de Geografía e Historia, y a las precarias condiciones en que se desenvuelve el ejercicio profesional. Contribuir a consolidar la opción profesional en el terreno de la ordenación del territorio, como una salida más para los licenciados en geografía, es uno de los retos que tenemos planteados y para afrontarlo es necesario aunar esfuerzos y concentrar energías.

Una teoría construida alrededor de los problemas de la organización del espacio geográfico, y centrada en pensar el territorio en toda su complejidad con la finalidad explícita de guiar u orientar la planificación o la ordenación, permitirá consolidar la dimensión aplicada de la geografía humana en la medida que sea capaz de suministrar instrumentos de razonamiento, conocimiento y acción que permitan una intervención más eficaz del geógrafo en la resolución de los problemas que nuestra sociedad tiene planteados. En este sentido resulta de interés tener muy presente la consideración realizada por el arquitecto Damián Quero: «Cuanto más dispuesta tengamos la disciplina geográfica para producir respuestas, tanto más se le reclamará participación en las decisiones de planeamiento y ordenación del territorio» (1986, p. 6). Para este autor el reto metodológico de los ochenta, en el territorio, se situaba en el «análisis propositivo». Si no somos capaces de producir respuestas y de formular propuestas atractivas, otras disciplinas orientadas abiertamente a la intervención, llamense ciencia regional, urbanismo, ordenación del territorio o planificación regional, acabarán ocupando parcelas profesionales que los geógrafos, más de forma retórica que práctica, venimos reclamando. Estamos convencidos de que un reforzamiento de la dimensión aplicada de la geografía humana puede contribuir a que se desvanezcan buena parte de las inquietudes e inseguridades actuales.

La denominada pereza teórica de la geografía clásica nos ha costado muy caro pero aún puede costarnos más la falta de compromiso con la acción. Debemos mantener abierto el debate teórico pero no descuidar el compromiso operativo. La geografía humana, si quiere sobrevivir y progresar, tiene que formar geógrafos que tengan una función social definida y no sólo profesores de geografía, entre otras razones porque es necesario dar al trabajo de los geógrafos un sentido y una proyección social que trascienda las meras exigencias y deman-

das del currículum académico. En estos últimos años hemos caminado deprisa pero aún quedan bastantes escollos por superar y no resulta fácil dotarse de metodologías de trabajo que orienten el trabajo de los geógrafos hacia el análisis propositivo. Aquí está una vía donde hay no sólo que indagar sino también perseverar en la indagación, algo a lo que los geógrafos estamos poco acostumbrados.

III. UNA PERSPECTIVA INTEGRADORA CON EL TERRITORIO COMO PROBLEMA CENTRAL

Nuestra reflexión teórico-conceptual sobre la dimensión aplicada de la geografía humana tiene al territorio y sus problemas como principal hilo conductor y ello por cuatro razones fundamentales:

Primera: situar nuestro trabajo en una perspectiva integradora, enraizada con la tradición geográfica (GOMEZ MENDOZA; MUÑOZ JIMENEZ; ORTEGA CANTERO, 1982), que busca la convergencia epistemológica. El territorio, en cuanto resultante de interacciones y relaciones de naturaleza diversa, puede servir como concepto integrador donde los factores humanos ocupen un lugar preeminente. Utilizamos el término territorio, en lugar de otros más tradicionales en geografía, como medio, paisaje, espacio, etc., por considerar que se corresponde mejor con un espacio geográfico organizado y ordenado de forma sensible por el hombre. El territorio se corresponde con paisajes ordenados, reflejo de una acción humana meditada y concertada sobre el medio natural (DOLLFUS, 1975).

Segunda: plasmar, en la medida de lo posible, los resultados de una experiencia personal de geógrafo que, con formación tradicional o clásica, ha tenido que enfrentarse a problemas concretos de ordenación en diversos ámbitos geográficos y escalas. Al salir del ámbito académico y cultural de la geografía, hemos tenido ocasión de comprobar las posibilidades, pero también las limitaciones, del razonamiento, del método y de las técnicas geográficas en el momento de adentrarse en el terreno de la aplicación.

Tercera: contribuir a reforzar la dimensión utilitaria y la función social de nuestra disciplina en un momento en que los problemas del territorio y del medio ambiente han entrado plenamente en el debate político y también, aunque en menor medida, en el debate social, introduciendo aires renovadores en el discurso y en la práctica política. Se trata, por otra parte, de una dimensión u orientación que con altibajos ha estado presente en la trayectoria histórica de nuestra disciplina y que ha contribuido a una importante transformación de la geografía humana en las últimas décadas.

Cuarta: buscar alguna respuesta en el momento que la universidad española se enfrenta al reto, lleno de incertidumbres y dificultades, pero también

de ilusiones y esperanzas, de independizar y profesionalizar, sobre nuevos pilares, los estudios de geografía. Somos conscientes de que las dificultades son muchas y escabrosos los obstáculos a superar; independizar y profesionalizar los estudios de geografía no resultará nada fácil dado que, por un lado, la sociedad continúa teniendo una noción simplista, eminentemente escolar y banal, de esta disciplina y, por otro, entre los geógrafos no existen demasiados acuerdos sobre lo que debe entenderse por educación geográfica ni tampoco sobre la función de la geografía y el papel social del geógrafo. Existe cierto acuerdo en la necesidad de cambiar; sin embargo no está nada clara la meta hacia dónde nos queremos dirigir.

Situamos nuestro trabajo en el marco de una perspectiva «integradora» que busca la convergencia epistemológica alrededor de la explicación global del espacio geográfico, tratando de integrar dimensiones territoriales, temporales, económicas y sociales; es uno de los caminos posibles, entre otros más sectoriales, para definir la aportación de los geógrafos a la ordenación del territorio y la planificación urbana. Avanzar en esta dirección constituye un reto difícil, tanto a nivel teórico como metodológico, pero lo afrontamos por estar convencidos de que puede ser una de las vías que mejores resultados puede proporcionar en el momento de dar señas de identidad a nuestro trabajo; esta vía no es otra que la de hacer una geografía total susceptible de desembocar en una visión global de la ordenación del espacio (MERLIN, 1988). También puede propiciar la entrada en la planificación: «Aunque sea un tópico, se acepta que el geógrafo participe en equipos de planificación territorial y urbana, por su capacidad globalizadora, mientras que los otros especialistas aportan unos conocimientos y unos métodos más concretos» (ALEGRE; TULLA, 1986, p. 240).

Entendemos el territorio como hogar del hombre (STAMP, 1965) y producto de un modelado social cuya organización y dinámica está marcada fundamentalmente por las actuales relaciones económico-sociales, pero donde perviven las huellas de otras formaciones sociales o sistemas de producción. La acción del hombre suministra las claves explicativas del espacio geográfico: «podríamos definir la Geografía como el estudio de la dinámica del espacio humanizado. Persistimos en considerar la personalidad de la Geografía como ciencia humana, persuadidos de que su propia significación con respecto a las ciencias de la Tierra consiste en considerar siempre los fenómenos de toda clase estudiados por ella en relación con la presencia y la acción de las actividades humanas sobre la Tierra» (GEORGE, 1970, p. 5). Una de las singularidades del oficio de geógrafo radica en saber pensar el mundo en su dimensión espacial.

Para Olivier Dollfus (1975, p. 8), «El espacio geográfico se presenta como el soporte de unos sis-

temas de relaciones, determinándose unas a partir de los elementos del medio físico y otras procedentes de las sociedades humanas que ordenan el espacio en función de la densidad del poblamiento, de la organización social y económica, del nivel de las técnicas, en una palabra, de todo el tupido tejido histórico que constituye una civilización». El espacio geográfico, ciertamente, es un soporte de relaciones pero no sólo eso, es también el producto social de esas relaciones y un factor explicativo fundamental de las propias relaciones sociales.

Entendiendo el espacio geográfico como territorio nos situamos en un nivel que da prioridad a la explicación de realidades y problemas concretos, tratando de superar tanto planteamientos de dominante ecológica como socioeconómica. Esta ubicación, sin minusvalorar otras ubicaciones posibles, deriva de una constatación eminentemente operativa: los instrumentos de ordenación o las propuestas de intervención hay que referenciarlos territorialmente y ello plantea la necesidad de descubrir lo específico o singular de cada realidad. En referencia al planeamiento urbano se ha señalado: «lo que queremos hacer es descubrir lo específico de cada ciudad cada barrio o situación urbana, la identidad de cada organización territorial frente a la lógica de la ciudad, frente a la razón política o la razón urbana de nuestra sociedad urbana industrial» (QUERO, 1986, p. 3). No hay duda que, sin pretender reivindicar el excepcionalismo geográfico, es necesario reconocer cómo el análisis y la identificación de realidades o situaciones concretas tienen cada vez un peso más importante dentro del proceso de planificación.

La existencia de este tipo de análisis es cada vez más imprescindible para formular propuestas; así, por ejemplo, en los programas de desarrollo local o ecodesarrollo resulta fundamental el identificar con precisión la unidad operativa o el territorio adecuado para desarrollar el proyecto. Ello no resulta incompatible, más bien al contrario, con la existencia de un pensamiento geográfico, preocupado por proporcionar una explicación global o general del mundo actual. La importancia del análisis viene siendo resaltada desde diversos ámbitos: «creo que una sociedad más dueña de sí misma, menos violenta en sus relaciones entre los hombres y las naciones, donde los intercambios sean lo menos desiguales posibles, no es posible sin que se hayan desarrollado nuevos medios de análisis» (FERRIER, 1984, p. 52).

Nuestro planteamiento, fruto de una experiencia de varios años en la ordenación del territorio y el planeamiento urbano, donde hemos podido comprobar las importantes lagunas existentes en el conocimiento dinámico de las realidades territoriales y urbanas, algo en lo que coincidimos casi todos los geógrafos con preocupaciones activas u operativas, puede propiciar un conocimiento más profundo de las dinámicas del espacio geográfico, requisito im-

prescindible para apoyar sobre base firme cualquier proyecto de ordenación.

Trabajando en la dirección señalada será posible, estamos convencidos, la incorporación de los geógrafos a equipos pluridisciplinares y deslindar, con mayor claridad, nuestro campo profesional y establecer las pertinentes conexiones entre análisis, diagnóstico y propuesta, así como tender puentes de comunicación entre las diversas ramas de la geografía, algo imprescindible si queremos lograr que la lógica geográfica sea realmente operativa. La geografía no puede ni debe seguir conformándose con ser sólo una disciplina analítica; tiene que diagnosticar los problemas de nuestro mundo y comprometerse en la búsqueda de respuestas y en la formulación de soluciones a los conflictos que nuestra sociedad tiene planteados, es decir, tiene que dotarse de capacidad propositiva. Nuestra experiencia en el campo del análisis debe ser movilizada a nivel operativo si queremos consolidar posiciones en la planificación territorial y urbana.

Tras varios años de experiencia docente, investigadora y de participación en proyectos de ordenación del territorio y planeamiento urbano, empezamos a tener un conocimiento bastante realista de las posibilidades y también de las limitaciones de la geografía humana como disciplina aplicada. Considerándonos más un profesional o un artesano, como diría Ferrier, que un teórico de la disciplina, nuestras responsabilidades docentes e investigadoras, y especialmente la necesidad de dar respuestas concretas a problemas concretos, nos han demostrado la necesidad de perfilar y utilizar métodos o técnicas de trabajo orientados, desde un primer momento, a conectar realidad, teoría y práctica. Esto es posible hacerlo partiendo de la teoría y de los métodos geográficos, aunque ciertamente no resulta nada fácil debido, entre otras razones, a la limitada atención que los geógrafos hemos prestado al análisis del marco de referencia normativo y al estudio de los instrumentos de ordenación y gestión del territorio.

En el plano teórico las posibilidades de aplicación de la geografía son muy amplias; en la realidad son bastante menores. Este desajuste entre expectativas y realidades no es sólo fruto de condicionantes jurídico-institucionales (OLIVA ESPALLARDO, 1984), aún cuando en países como el nuestro sea algo que es necesario superar, sino también de nuestras propias carencias epistemológicas y metodológicas. En esta línea hay que buscar la explicación de los desajustes entre las optimistas proclamaciones teóricas y las limitadas realizaciones concretas, desajuste que ponen de manifiesto diversos analistas: «De cualquier forma, no deja de ser una paradoja que se viniesen manifestando desde los primeros años cincuenta las posibilidades de aplicación de la Geografía en España, con anterioridad al desarrollo teórico y práctico de los estudios de ordenación territorial, y treinta años después to-

do ese potencial de nuestra disciplina se mantuviese infrautilizado en relación con otros países (CAMPESINO FERNANDEZ, 1989, p. 10). Esta paradoja se explica, al menos en parte, por la disociación entre análisis geográfico e instrumentos de ordenación del territorio.

En el mundo real, los problemas requieren soluciones y los interrogantes demandan respuestas; la aplicación y el futuro de la geografía dependerán de la mayor o menor capacidad de los geógrafos tanto para realizar una lectura inteligente y comprometida de nuestro mundo como para dar respuestas operativas a los problemas que nuestra sociedad tiene planteados. Esto no lleva consigo que el geógrafo tenga que estar forzosamente implicado en el proceso de planificación o en el proyecto de ordenación. En este sentido, y con referencia a la geografía urbana de Don Manuel de Terán, se ha indicado cómo los instrumentos tradicionales del geógrafo, la descripción y el análisis, pueden trascenderse a sí mismos cuando se aplican a un proyecto concreto, en este caso: «dotar de contenido y forma el análisis geográfico, crear el marco metodológico de la disciplina y decantar la especificidad del entendimiento geográfico como instrumento para aplicar y transformar la realidad» (RIOS IVARS, 1984). Si no somos capaces de responder a las demandas y necesidades de nuestra sociedad acabaremos por desaparecer.

Reflexionar y tratar de plasmar los resultados de nuestra experiencia es una de las líneas de actuación que orientan nuestro trabajo. Asumimos que cada geógrafo es prisionero de una «geografía personal» (BERUBE, 1988, p. 262), enraizada en una cultura, en un lugar, en un compromiso, en una universidad o en un campo de investigación o actividad profesional, algo bien diferente a compartir el principio de que existen tantas geografías como geógrafos. Sin embargo, reconocemos que en el campo de la aplicación, por las limitaciones formativas de base y por la ausencia de métodos y técnicas geográficas fácilmente instrumentalizables, hay que aproximarse a campos vecinos y a formulaciones y soluciones que pueden alejarse de los cánones estrictamente «académicos». Estar obsesionados por la «objetividad científica», o por el denominado y no siempre definido «rigor académico», cuando se trata de valores relativos, puede conducir a la falta de acción y tener efectos tanto o más negativos que el mero pragmatismo tecnocrático, algo que ha sido fuertemente criticado a los geógrafos cuantitativos (ESTEBANEZ ALVAREZ, 1987). La práctica profesional lejos de contaminar a la geografía, tal como algunos piensan, la enriquece y la permite avanzar.

Nuestra manera de entender y trabajar en geografía está marcada, en buena medida, por un proyecto integrador de geografía física y geografía humana, entendidas como ciencias sociales, orientado a propiciar que el geógrafo se incorpore al campo

pluridisciplinar de la ordenación del territorio y el planeamiento urbano. Los estudios geográficos aplicados a la ordenación constituyen un terreno privilegiado para comprobar la unidad de pensamiento entre lo que venimos llamando geografía física y geografía humana (FERRIER, 1984).

Este proyecto integrador, lleno de dificultades teóricas, metodológicas y epistemológicas, surge de constatar, ya durante la elaboración de nuestra tesis doctoral y en las primeras incursiones en el campo aplicado (Informe sobre los Paisajes Naturales de Avila, 1975; Revisión del Plan General de Ordenación Urbana de Cuenca, 1976-77), que una disciplina que decía tener el espacio terrestre como objeto de estudio carecía de parte de las herramientas necesarias, no sólo para ordenarlo sino también para analizarlo y explicarlo desde una perspectiva dinámica. Esta misma preocupación nos llevaría, años más tarde, a plantearnos, dentro de un debate que no logramos abrir, si la geografía española era una ciencia espacial que carecía de especialistas en el análisis y la ordenación del territorio (TROIÑO, 1984). En la última década se ha incrementado de forma significativa el número de geógrafos que desarrollan su actividad profesional fuera del sistema educativo; sin embargo hemos avanzado de forma limitada en la resolución de los problemas teóricos y metodológicos relacionados con la aplicación de la geografía. Este limitado avance teórico y metodológico puede dificultar la consolidación o la apertura de nuevas salidas profesionales, algo que debe hacerse desde la propia geografía y no, tal como se repite con excesiva frecuencia, por el acercamiento a campos vecinos.

IV. UNA POSIBLE EXPLICACION DE LA FALTA DE OPERATIVIDAD: LOS DESAJUSTES ENTRE LA TEORIA Y LA PRACTICA DE LA GEOGRAFIA HUMANA

Ante las dificultades para alcanzar ciertos acuerdos sobre la naturaleza y objeto de la geografía, se ha producido un paulatino desajuste entre los que pueden considerarse como los dogmas de la disciplina y lo que realmente hacemos los geógrafos. Adrián Berubé (1988) mediante el análisis comparativo de dos revistas bien representativas, *Annales de Geographie* y *Annals of the Association of American Geographers*, en dos períodos significativos, 1961-65 y 1981-85, analiza las pautas de los cambios experimentados por la disciplina y señala como sus grandes postulados: la geografía estudia la Tierra; la geografía estudia las relaciones hombre/medio; la geografía se interesa por las regiones diferenciadas; la geografía analiza las relaciones espaciales; la cartografía es el lenguaje de los geógrafos; la geografía es una disciplina de síntesis; son más un mito que una realidad debido a

que están, con frecuencia, carentes tanto de contenido como de resultados prácticos. Esta situación bien puede ser debida a no haber sabido manejar correctamente los principios de limitación, de especificidad y de relevancia.

Los desajustes entre las formulaciones teóricas y las aplicaciones o realizaciones concretas son aún más evidentes y ello se debe a un amplio abanico de factores:

Primero: la teoría geográfica ha estado y está, con frecuencia, más anclada en el pasado que en el presente. Por desgracia, los geógrafos hemos estado poco atentos a los cambios y a las necesidades del tiempo en que nos ha tocado vivir, a temas como la ordenación del territorio, el urbanismo o el medio ambiente no se les ha prestado la atención debida y en el momento preciso. Se trata de una carencia importante, ya detectada en la institucionalización científica de la disciplina, y que explicaría la limitada y tardía atención que la geografía prestó a la explicación de los procesos de industrialización y urbanización. El distanciamiento de la realidad, por otro lado, nos ha podido llevar o nos puede llevar a sobrevalorar las posibilidades aplicadas del trabajo que realizamos.

Segundo: un relativo distanciamiento del análisis geográfico de los problemas y conflictos de la vida real. Este distanciamiento ha venido siendo defendido desde una búsqueda, creemos equivocada, de la «objetividad científica», cuando no es posible construir una ciencia social desinteresada.

Tercero: presencia de toda una gama de reticencias frente a la dimensión política de los instrumentos de planificación y ordenación, olvidando, con frecuencia, que en nuestros días tienen un papel determinante en la explicación de las dinámicas del territorio. Sin tener en cuenta el papel desempeñado por los instrumentos de ordenación y planificación difícilmente se pueden explicar los procesos y dinámicas actuales del espacio geográfico. Un plan de ordenación urbana puede ser más o menos operativo, responder a una u otra estrategia, pero en cualquier caso la dinámica del espacio geográfico se verá condicionada por sus determinaciones. El planeamiento es un factor fundamental en el momento de explicar el espacio geográfico.

Cuarto: la pobreza de métodos y de técnicas de trabajo, a pesar de las aportaciones de la geografía teórico-cuantitativa, que permitan hacer operativas nuestras formulaciones teóricas. Esta situación es tanto el fruto de un limitado compromiso con la acción, como el resultado de importantes carencias epistemológicas. La revolución técnica de las últimas décadas y una paulatina reformulación de los objetivos del análisis geográfico están permitiendo subsanar, al menos parcialmente, carencias del pasado y la geografía actual está mejor dotada para adentrarse en el campo propositivo.

Quinto: carencias formativas y en el manejo de los instrumentos de ordenación y gestión del terri-

torio. El futuro profesional del geógrafo depende, en buena medida, de las posibilidades que se le ofrezcan, pero también del esfuerzo que realice para asumir responsabilidades técnicas en la gestión del territorio o en la evaluación de recursos. En la gestión de un territorio puede resultar de gran operatividad el saber integrador que proporciona el conocimiento geográfico relacional, para ello es necesario avanzar hacia esa geografía total a la que se refiere Merlin y conocer en profundidad el funcionamiento de los instrumentos de ordenación y gestión del territorio.

Sexto: dificultades para conectar análisis, diagnóstico, propuesta y gestión. Sin conectar claramente estas fases, la aplicación de la geografía tendrá muchas dificultades y el saber geográfico continuará siendo subsidiario de otros saberes más abiertamente orientados a la intervención. El geógrafo fácilmente se sentirá más cómodo, por las características de su formación, en los terrenos del análisis, pero si no se implica en todo el proceso planificador y conoce bien todas las reglas de juego que regulan los conflictos territoriales, difícilmente logrará consolidar la dimensión aplicada de la geografía.

Estas razones, entre otras, ayudan a entender que los logros españoles en el campo de la aplicación sean bastante modestos y que dos artículos de un mismo autor sobre las Posibilidades de Aplicación de la Geografía en España, escritos con quince años de distancia, apenas presenten diferencias significativas (BOSQUE MAUREL, 1966, 1981). Ello a pesar de que, ya en la década de los treinta, la presencia de Pau Vila en la ponencia de la división territorial de Cataluña sirvió para demostrar la capacidad de los geógrafos para desarrollar trabajos técnicos (MATEU y LLEVADOT, 1988). Por otra parte también conviene recordar que en una fecha bastante temprana, 1954, la sección de Zaragoza del Instituto de Geografía Juan Sebastián Elcano se convirtió en departamento de geografía aplicada (CASAS TORRES, 1964). También diversos geógrafos, entre ellos Manuel de Terán (BULLON; TROITIÑO, 1984), intervienen en las fases analíticas del planeamiento urbano de los sesenta.

Se accede relativamente pronto al campo de la planificación pero se tarda mucho, especialmente a nivel formativo, en prestarle la atención debida. Una de las excepciones, junto a la primera etapa del Instituto de Geografía Aplicada del C.S.I.C., es la Universidad Autónoma de Barcelona donde, en el marco de una fuerte influencia de la experiencia anglosajona de aplicación de los conocimientos geográficos a la planificación, se busca, desde el comienzo de los setenta, compaginar la geografía como enseñanza y como disciplina aplicada a la planificación y la ordenación del territorio (ALEGRE; TULLA, 1986).

El haber establecido una disociación, bastante tajante en algunas ocasiones, entre los niveles analíticos y los niveles propositivos creemos que pudo

ser un error de estrategia cometido por la geografía española en sus primeras incursiones en el terreno aplicado. En este sentido resulta clarificador el pensamiento de Casas Torres (1954, p. 5); «no puede haber geografía aplicada si no hay primero geografía, por eso los geógrafos que trabajen en planes de ordenación deben ser ante todo, esencial y fundamentalmente geógrafos, y en modo alguno proyectistas o políticos. Son campos distintos que requieren personas distintas, aunque a veces convenga que unas y otras trabajen juntas». La primera parte del razonamiento es ciertamente válida, sin geografía no hay posibilidad de geografía aplicada; sin embargo no creemos posible, ni conveniente, la separación tajante entre las dimensiones analíticas, propositivas y políticas. El geógrafo de hoy tiene que superar la dimensión analítica de la geografía y adentrarse en los terrenos del diagnóstico y la propuesta.

V. APLICACION Y DIMENSION SOCIAL

Un reforzamiento de la dimensión aplicada de la geografía, sin renunciar a otras dimensiones más tradicionales como la cultural o la docente, puede servir para consolidar el papel social de nuestra disciplina. La geografía ha conocido importantes transformaciones en los últimos decenios, «una de ellas es la afirmación de una voluntad de hacer la geografía más activa en la solución de los problemas sociales, más atenta a los deseos de la sociedad» (MERCIER, 1988, p. 357). Esta voluntad de operatividad y compromiso ha propiciado una mayor incorporación de los geógrafos a las tareas de ordenación del territorio, el urbanismo y la gestión del espacio; en España, esta incorporación es todavía bastante tímida (ORTEGA VALCARCEL, 1986; OLIVA ESPALLARDO, 1987). La explicación de este retraso debería ser objeto de reflexión, más cuando geógrafos como José Manuel Casas, Manuel de Terán, Joaquín Bosque o Juan Vilá, hicieron tempranos pronunciamientos, más o menos explícitos, en favor de la aplicación de la geografía. En este sentido señalaba Manuel de Terán: «El geógrafo tiene una responsabilidad ante la sociedad que hay que asumir; sin dejar de hacer investigación de base, se tienen que abordar trabajos prácticos de utilidad inminente y de máxima actualidad» (1978, p. 13).

La participación cada vez más decidida y solicitada de los geógrafos en el campo profesional y los esfuerzos que la geografía ha realizado para ser más útil socialmente (GARCIA RAMON, 1988), aconsejan reflexionar sobre las relaciones entre geografía, ordenación del territorio y planeamiento urbano por ser una de las dimensiones, quizás la más específica, de la geografía aplicada y por ser también, tal como ha puesto de relieve Ferial Toribio (1988), el más importante y sólido campo de

acción para el geógrafo. Estamos plenamente convencidos de que una participación más decidida y activa del geógrafo en la ordenación del territorio y el urbanismo contribuirán a dar a la geografía española una entidad más sólida como ciencia y ayudarán a que se produzca un cambio sustancial en los objetivos de la disciplina (MORALES, 1989). En la inmediata reforma de los planes de estudios será necesario pronunciarse con claridad y evitar posturas en exceso maximalistas que, a la postre, pueden resultar insatisfactorias, poco eficaces y nada estratégicas. Nos encontramos en un momento crítico donde, si bien es posible consolidar lo conseguido por la generación de geógrafos que nos precedió y marcar nuevos caminos de progreso, tampoco está eliminado el peligro de quedar diluidos en otros campos científicos o profesionales. Hay que definirse y, a ser posible, acertar en la definición.

La valoración de lo ocurrido durante las últimas décadas en geografías vecinas, caso de la francesa, puede ayudar a clarificar el tema. Fisher considera como «reduccionista» la postura de vincular la mutación reciente de la geografía, de forma exclusiva, a la adopción de técnicas estadísticas, métodos matemáticos, informática, etc., y señala que la verdadera revolución de la geografía francesa corresponde a un doble cambio, cambio en los objetivos y cambio en las perspectivas de la disciplina. La geografía quiere ser una disciplina con capacidad explicativa en lo concerniente a la organización y funcionamiento del espacio, esta pretensión se acompaña con la voluntad de ser una disciplina activa o aplicada, al mismo nivel que el urbanismo, la planificación o la ordenación. La Geografía al tratar de ser más útil, si perfila bien sus objetivos, es más social, «el geógrafo no puede ser más el observador exterior e imparcial de otras veces, él se convierte en un actor directo de las transformaciones del espacio geográfico, un actor donde las intervenciones, las opciones, las posiciones ideológicas cuentan» (FISHER, 1988, p. 354).

La geografía española, tras la aprobación por el Consejo de Ministros del título de licenciado en Geografía y de las troncalidades estatales del plan de estudios, se enfrenta al reto de llenar de contenido formativo la tendencia, ya vivida en otros países, a la profesionalización de los estudios y al desarrollo de la orientación aplicada de la geografía. La universidad tiene que dar respuesta a las demandas sociales y poner en marcha los mecanismos que propicien el buen uso del saber geográfico.

La formación universitaria del licenciado en Geografía debe reorientarse para propiciar que se consolide, al mejorar su formación técnica y operativa, la opción profesional del geógrafo en el campo de la ordenación del territorio y el planeamiento urbanístico. Los planes actuales resultan inadecuados o insuficientes para cubrir este cometido dado que; «La orientación del sistema educativo va más en la dirección de analizar y comprender la realidad so-

cial que de la intervención en la misma; y sin un desarrollo complementario de ambos aspectos la preparación como profesional del científico social es incompleta» (FERIA TORIBIO, 1988, p. 10). El sistema educativo tiene que estar atento a las demandas sociales y asumir que es necesario cambiar para sobrevivir; este cambio no implica que la geografía renuncie a su dimensión cultural o a la profundización teórica, más bien al contrario en cuanto que, desde la búsqueda de un equilibrio en la formación del geógrafo, se puede contribuir a desarrollarla: «proporcionando nuevas perspectivas y ofreciendo la oportunidad de mostrar en la práctica social el alcance y la validez de los discursos teóricos» (GRUPO MERIDIANO, 1988, p. 33).

En este sentido puede resultar oportuno, ante los riesgos de perfilar un currículum anclado en el pasado o centrado en la moda o en la mera técnica, tener presente la siguiente recomendación: «Si queremos hacer propuestas serias hay que contar con una perspectiva más amplia y tener una visión más dilatada de la disciplina para hacer justicia a sus diversas facetas, especificar o separar lo que es realmente nuevo y ofrecer al futuro alumno o estudiante una visión equilibrada del tema» (CLAVAL, 1988, p. 236).

Las reticencias frente a la aplicación, presentes en ciertas corrientes de pensamiento y en determinados ámbitos académicos, derivan, por un lado, de los riesgos que ciertamente implica someterse a la demanda social cuando esta puede estar alejada de una verdadera utilidad social y, por otro, de las modificaciones que todo cambio de orientación en el plan de estudios introduce en las vigentes relaciones de poder. Este problema se puso de manifiesto, con bastante claridad, en los debates que sobre la troncalidad de los planes de estudios tuvieron lugar en la Asociación de Geógrafos Españoles, y condujo a primar la defensa de los «pequeños intereses» de las áreas de conocimiento (Geografía Física, Geografía Humana y Análisis Geográfico Regional), sobre la búsqueda de una formación equilibrada para el geógrafo del futuro. Este debate se ha vuelto a poner sobre el tapete en el momento actual, cuando las diversas universidades están perfilando el plan de estudios de la licenciatura en Geografía. Esperamos y deseamos que se imponga una racionalidad orientada a definir con claridad un perfil equilibrado del geógrafo del futuro, en lugar de mero juego de mecano o la yuxtaposición de las tres áreas de conocimiento.

Hasta ahora se han venido eludiendo o diluyendo algunos problemas fundamentales; ahora es el momento de escuchar los argumentos y de discutir los planteamientos de los que desde diversos ámbitos, tanto académicos como profesionales, vienen reclamando la necesidad de: «acometer la reorientación de la enseñanza universitaria de la Geografía como disciplina más técnica cuyo objetivo sea también la preparación de profesionales de la ordena-

ción del territorio y el planeamiento urbanístico...» (GRUPO MERIDIANO, 1988, p. 46). En el currículum del futuro geógrafo es necesario lograr el equilibrio y la interrelación entre las dimensiones informativas, las formativas, las técnicas y las operativas.

Hoy, al igual que ayer, continúa siendo fundamental definir los problemas clave que la geografía quiere afrontar; son estos los que pueden garantizar la unidad y continuidad de la disciplina dentro de cierta amplitud de métodos y estrategias. En la evolución de la geografía, tras su institucionalización científico-académica, se han identificado seis grandes perspectivas genealógicas centradas en lo «físico», «cronológico», «ecológico», «paisajístico», «espacial» y «social» (CAPEL, 1982). Los geógrafos, con mayor o menor fortuna, hemos venido trabajando alrededor de dos problemas claves, por un lado, el estudio de la diferenciación del espacio en la superficie terrestre y, por otro, el análisis de las relaciones entre el hombre y el medio.

Estos temas clave deben ser reformulados a partir de los problemas que actualmente se plantean en el espacio geográfico, y no hay duda de que la ordenación y gestión del territorio, en función de las necesidades sociales y de las capacidades de las diferentes unidades geográficas, es uno de los temas que puede servir tanto para centrar nuestro proyecto cognoscitivo como para lograr que la geografía tenga una clara utilidad social. Esta utilidad debe entenderse en sentido amplio y nunca con carácter restrictivo; igual de útil puede ser la geografía cultural que la geografía profesional, una y otra deben complementarse. La dimensión cultural resulta necesaria en la formación del geógrafo; sin ella existe el riesgo de convertirse en meros tecnócratas. Tirar por la borda la dimensión cultural de la geografía sería una manifestación de irresponsabilidad que seguramente pagaríamos muy caro.

Pasar de una función prioritariamente analítica a otra comprometida con la acción es uno de los retos que actualmente tiene planteados la geografía española; aceptarlo implica asumir ciertos riesgos y un sustancial cambio de objetivos; no hacerlo puede significar perder definitivamente el tren del futuro. Los condicionantes actuales, limitado reconocimiento social del trabajo profesional del geógrafo en sus diversas dimensiones, la ausencia de una asignatura de geografía en el curso de orientación universitaria, la pobreza de medios materiales en la que se desenvuelven los departamentos de geografía, la separación en tres áreas de conocimiento, etc., no deben ser utilizados como argumentos que condicionen, en lo fundamental, el perfil de futuro licenciado en geografía.

Las conexiones entre geografía y territorio no pueden ser más estrechas: «La Geografía no sólo es la ciencia que, desde sus orígenes, más se ha preocupado del territorio, sino que incluso es la primera ciencia que con sus observaciones lógicas, convier-

te el espacio en territorio, convierte el medio físico en territorio humano, descubre, en definitiva, lo que hoy culturalmente entendemos por «territorio»; no un mero soporte espacial de la vida humana, sino un lugar de comunicación y encuentro y su fuente de riqueza y de bienestar material y social» (CLEMENTE CUBILLAS, 1986, p. 24). Para este geógrafo, el gran cambio de la geografía del siglo XX consistiría en haber iniciado el salto cualitativo del diagnóstico a la planificación.

Nuestra opinión al respecto, basada en la realidad que conocemos, es bastante menos optimista, dado que la geografía española está encontrando dificultades para dar el salto del análisis al diagnóstico y sólo muy tímidamente se ha adentrado, con peso específico, en el dominio de la planificación. En cualquier caso, la conexión entre geografía y ordenación del territorio es necesaria; yo diría más, imprescindible. Para reforzarla existe un argumento de peso; el conocimiento del territorio ha estado tradicionalmente vinculado a la geografía, disciplina que cuenta con suficiente tradición como para identificar campos propios de estudio en el pasado y buscar nuevos enfoques para el futuro.

El salto cualitativo continúa siendo necesario; el camino es aún largo pero creo que tenemos razones y herramientas para recorrerlo con cierto grado de optimismo, aún cuando algunos colegas estén más preocupados por conservar pequeñas parcelas de poder que por afrontar los retos del futuro. Compartimos plenamente la opinión de Pierre Merlin cuando escribe: «Si el geógrafo tiene un argumento a defender en sus pretensiones, frecuentemente excesivas, para ocuparse de la ordenación, es en la medida que él es, con el arquitecto, el único de los especialistas que contribuye a realizar una aproximación en términos espaciales. Aún es necesario que asuma esta aproximación espacial en lugar de refugiarse, en nombre de una especialización discutible, detrás de las disciplinas vecinas —economía, sociología, historia, demografía...— de las cuales maneja mal los conceptos, los métodos y las teorías» (1988, p. 8). En el caso de la geografía española, este puede ser el momento oportuno para centrar nuestro trabajo alrededor de una aproximación a la realidad en términos territoriales. Puede merecer la pena reiniciar o avanzar en el camino de territorializar la geografía humana y, especialmente, perseverar en él.

Desde el campo de la geografía física, entendida como ciencia social, se está propugnando la necesidad de definir un nuevo objetivo para la geografía basándose en un pensamiento global para geografía física y geografía humana; que el polo de interés esté orientado hacia la transformación del medio natural o hacia la organización humana del espacio geográfico no debe ser motivo suficiente para establecer barreras infranqueables en el modo de pensar: «la especificidad de la Geografía aparece entonces fundada sobre la posibilidad de tomar en

consideración, en un mismo razonamiento, los parámetros determinantes del medio natural, los parámetros del medio humano y en apreciar la difusión espacial de su dinámica. El problema crucial del medio ambiente se convierte en un dominio predilecto para el geógrafo si adopta este modo de pensar que le orienta hacia la acción y la toma de decisiones. En el caso contrario, los geógrafos habrán perdido el tren del medio ambiente, como han perdido en parte el de la ordenación del territorio» (GUIGO, 1989, p. 111). No podemos seguir perdiendo trenes, es más, tenemos que volver a tomar en marcha algunos de los que hemos ido dejando pasar.

Superando viejas polémicas entre geografía humana y geografía física, inútiles especialmente para quien hace geografía sobre el terreno y fundamentalmente geografía aplicada, se ha planteado la necesidad de demostrar y afirmar la especificidad de la geografía como ciencia del medio ambiente (JOLY, 1989). La definición de la geografía como ciencia del medio ambiente, entendido éste como espacio vital del hombre, la acerca con claridad a los problemas del territorio y en este sentido constituye un punto de vista bastante próximo al que venimos propugnando.

Una geografía global, centrada en la explicación dinámica del espacio geográfico, entendido como medio ambiente desde la perspectiva humana, puede permitir desarrollar un proyecto común que, si está orientado hacia la acción y la toma de decisiones, puede dotar a la geografía de una indiscutible capacidad operativa y reforzar con ello su utilidad social. Construir una nueva geografía clásica, alrededor del territorio como proyecto disciplinar, es un proyecto ambicioso por el que apuestan algunos geógrafos (FERRIER, 1988).

Para consolidar la orientación aplicada de la geografía humana es necesario introducir cambios importantes en las preocupaciones teóricas y metodológicas de los geógrafos; la aplicación no puede ser considerada como un mero subproducto o valor añadido de la denominada geografía «científica» o el fruto directo de la tecnificación del geógrafo. Los problemas actuales del territorio, problemas de ordenación y utilización racional del espacio geográfico, deberían estar en la base del debate geográfico. Solamente impregnando la teoría geográfica de nuevas preocupaciones será posible llegar a una práctica geográfica realmente aplicada. Nosotros apostamos por dar entrada a los problemas relacionados con la ordenación y gestión del territorio.

VI. A MODO DE CONCLUSION: LA OPERATIVIDAD DE LA LOGICA GEOGRAFICA

Las recientes formulaciones procedentes de la ciencia del geosistema (BERTRAND, 1989), la

ecogeografía (TRICART, 1984), la geografía dinámica (GEORGE, 1984) la geografía operativa (LACOSTE, 1984), la geografía regional (GOMEZ MENDOZA, 1989), la geografía del bienestar (SMITH, 1980), la geografía social (HERIN, 1988) o la geografía humanística reflejan un panorama geográfico rico y plural. Las sugerencias y las realidades que se ofrecen abren todo un abanico de posibilidades teóricas, metodológicas e instrumentales, y permiten afrontar con cierto grado de optimismo el papel del geógrafo en los campos de la ordenación del territorio, el medio ambiente y el planeamiento urbano (TROIÑO, 1984). En todas las corrientes señaladas existe, de forma más o menos explícita, una preocupación por reforzar la dimensión operativa o utilitaria de la geografía.

En los diversos enfoques se detectan preocupaciones que tienen bastantes elementos de convergencia, circunstancia que posibilita la búsqueda de caminos de integración orientados a lograr que la geografía humana refuerce su dimensión aplicada y pueda tener una real capacidad operativa. Sin dotarse de capacidad operativa será muy difícil ser útiles a nivel social.

Existe una voluntad, generalmente explícita, de articular el conocimiento geográfico sobre objetivos definidos previamente y, con bastante frecuencia, de naturaleza operativa. Para ello se buscan temas o focos de articulación o vertebración, el medio ambiente, el bienestar, la acción, el espacio social, etc. En esta vía integradora también se señala el papel del «lugar» como puente entre las humanidades, las ciencias sociales y las ciencias naturales (SACK, 1988).

Hay un esfuerzo considerable por mantener la unidad del punto de vista geográfico; en los enfoques de geografía humana se busca la integración de las dimensiones medioambientales y en los de geografía física las de naturaleza antrópica. Tanto en geografía física como en geografía humana se busca reforzar su identidad, en cuanto disciplinas de cruce, en el campo de las ciencias sociales. Aquí es donde hay un cambio importante de perspectiva con respecto a los planteamientos tradicionales, más acusado en geografía humana pero también presente en geografía física.

La orientación aplicada, que impregna en mayor o menor medida a los diferentes enfoques, debe conducir a buscar métodos de trabajo que permitan conectar análisis, diagnóstico y práctica espacial. Aquí radica una de las principales aportaciones de estos enfoques en el sentido de que pueden permitir afianzar, sobre pilares sólidos, la dimensión aplicada de las diferentes ramas o corrientes del pensamiento geográfico.

La superación de visiones sectoriales y la preocupación por una explicación dinámica y conflictiva del espacio geográfico, sea de dominante natural o de dominante social, permite responder a las demandas de la ordenación del territorio y a las inte-

rrogantes que plantean la gestión del medio ambiente y la explotación de los recursos naturales. La visión integrada y espacializada de la realidad que nos rodea conduce a la identificación de unidades que, como en el caso del «geosistema» o las «unidades geográficas integradas», pueden resultar de gran utilidad de cara a la planificación. Aportando una visión integrada, dinámica y espacializada del mundo, la geografía se garantiza un cometido científico original y puede reivindicar un campo profesional que difícilmente le puede ser discutido por otras disciplinas.

El futuro de la geografía se hace depender, en mayor o menor medida, de su capacidad y nivel de compromiso en el momento de dar respuestas y explicaciones convincentes a los problemas que tiene planteados el mundo en que vivimos. En este contexto, se apuesta por una geografía más activa y comprometida con los problemas y las necesidades de nuestra sociedad, donde el geógrafo busca tener un mayor protagonismo en la acción.

Adquirir protagonismo en la ordenación del territorio y el planeamiento urbano requiere tener capacidad para analizar pero también para soñar. La ordenación, entendida como el arte de lo posible, el terreno del compromiso o el instrumento para regular los conflictos territoriales, plantea el reto propositivo y en este sentido puede ser oportuno recordar unas palabras de P. Claval: «La geografía ha nacido como una ciencia de lo real; al verse como una disciplina de la planificación se ha visto obligada a concebirse como una disciplina de lo posible, pero lo ha hecho a regañadientes, no ha recogido del sentido de lo posible nada más que lo que estaba más próximo de su orientación tradicional» (1987, p. 407).

El futuro requiere cierta dosis de imaginación y también de optimismo, los geógrafos españoles estamos ante un reto histórico: diseñar el perfil del geógrafo del futuro. Amplitud de miras y una buena dosis de imaginación son necesarias para que la geografía refuerce su presencia en la sociedad española y para que el geógrafo pueda definir su quehacer profesional. Buscar el equilibrio entre las dimensiones formativas y aplicadas de la geografía es ahora posible dado que: «Querer identificar Geografía «pura» con tradicional y enfrentadas, juntas o por separado con la Geografía «aplicada» es una reducción al absurdo. Hablemos mejor de enriquecimiento común, por cuanto si a la Geografía tradicional le debemos la eclosión y el desarrollo de nuestra disciplina, es rigurosamente cierto que sobre la Geografía operativa descansa en este momento la proyección social de nuestro quehacer científico y el futuro profesional de nuestros geógrafos» (CAMPESINO FERNANDEZ, 1989, p. 4). Por la vía del enriquecimiento y la complementariedad entre las diversas dimensiones de la geografía debemos avanzar en la formación de geógrafos que tengan una base sólida polivalente y que hayan ad-

quirido el sentido y el gusto por la acción, al que a comienzos de los ochenta hacía referencia Lacoste (1984).

El análisis geográfico, conjugando diversas escalas y niveles, permite clarificar las relaciones territoriales y jerarquizar los problemas o los espacios en función de dominantes. El geógrafo, utilizando adecuadamente el mapa y el plano, puede aportar interpretaciones globales, sistemáticas e integradas de la realidad que nos rodea; es más, puede identificar unidades territoriales, geosistemas, comarcas, unidades geográficas de integración, etc., que pueden servir de base para la actuación de otros profesionales o directamente para realizar diagnósticos o propuestas de ordenación (TROITIÑO VINUESA, 1989).

Para lograr reforzar la dimensión aplicada de la geografía humana y conseguir que la lógica geográfica sea operativa en la ordenación del territorio y el planeamiento urbanístico, es necesario:

Primero: superar planteamientos teóricos definidos por la disociación entre análisis, diagnóstico y ordenación. Sólo así la geografía dejará de ser subsidiaria de otras disciplinas o de técnicas abiertamente orientadas hacia la acción. La geografía, si quiere adentrarse en el complejo terreno de la planificación, sin dejar de ser una ciencia de lo real tiene que afianzarse como ciencia de lo posible y dotarse de capacidad imaginativa. Hay no sólo que pensar el mundo en su dimensión espacial, sino también que intervenir en él.

Segundo: evitar rupturas metodológicas y conceptuales entre las diferentes fases del proceso planificador (información, análisis, diagnóstico, ordenación e intervención). Sólo así podrá resultar operativa la lógica geográfica global y será posible avanzar en el camino de la geografía total añorada por Pierre Merlin.

Tercero: tener claro el fin que se persigue; de ahí la necesidad de dotar a la geografía de capacidad propositiva. Este planteamiento debe llevar a reforzar el análisis propositivo, aquí está uno de los retos del futuro.

Superando rupturas teóricas y metodológicas y dotando a la geografía de capacidad propositiva, el geógrafo puede contribuir no sólo a explicar las claves de la dinámica actual de los territorios sino también a formular propuestas de ordenación integradoras. Si el análisis y el diagnóstico están referenciados territorialmente, no es difícil enlazar con la propuesta. Así un análisis del medio rural puede enlazar, sin dificultad, con las clasificaciones urbanísticas del suelo o las determinaciones de regulación de usos; apoyándose en unidades geográficas integradas no es difícil zonificar el territorio en zonas de protección, conservación o regulación dentro de un plan de medio físico; a partir de la identificación de unidades urbanas, con criterios morfológicos, funcionales, sociales, etc., se puede pasar a formular propuestas de rehabilitación, con-

servación, renovación o remodelación.

Un análisis geográfico que localice bien los problemas en el espacio y en el tiempo, conjugando análisis territorial y análisis temporal (ISNARD, 1985), no debe tener dificultades para ser operativo. Siempre que no pierda de vista que su finalidad principal debe estar en aportar una explicación dinámica y territorializada de las diversas realidades de nuestro mundo.

La geografía humana actual tiene la necesidad

y creemos que está en condiciones, tanto metodológicas como técnicas, para plantearse consolidar su dimensión aplicada y con ello contribuir a que la geografía sea más útil socialmente y que los geógrafos se configuren como los verdaderos pensadores o los expertos del territorio. El reto está reclamando respuestas; de la capacidad y de la audacia que los geógrafos demostremos para trabajar y perseverar en esta orientación puede depender el futuro de nuestra profesión.

BIBLIOGRAFIA

- A.A.V.V. (1984-1985): «La Práctica Profesional del Geógrafo». *Bol. de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Nº 1, pp. 45-61; Nº 2, pp. 13-35.
- ALEGRE, P.; TULLA, A. (1986): «Métodos de Cuantificación Aplicados a la Planificación Territorial y Urbana». En A.G.E./Grupo Métodos Cuantitativos: *Métodos Cuantitativos en Geografía: Enseñanza, Investigación y Planeamiento*. Madrid, pp. 240-267.
- BERNARD, E. (1988): «Theories, Nouvelles Frontières». *Cahiers de Géographie du Québec*, Nº 87, pp. 355-356.
- BERTRAND, G.: «Paysage et géographie physique globale. Essai méthodologique». *Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*. T. XXXIX, 3/1968, pp. 249-272.
- BERTRAND, G. (1989): «Chassez Le Naturel...». *L'Espace Géographique*, Nº 2, pp. 102-105.
- BERUBE, A. (1988): «La géographie évolue. Elle est utile. Mais les géographes le sont peut être moins». *Cahiers de Géographie du Québec*. Nº 87, pp. 261-267.
- BOSQUE MAUREL, J. (1966): «En Torno a las Posibilidades de Aplicación de la Geografía». *Homenaje a don Amando Melón*. Zaragoza, pp. 203-213.
- BOSQUE MAUREL, J. (1981): «Posibilidades de Aplicación de la Geografía en España». *I Coloquio Ibérico de Geografía*. Ed. Universidad de Salamanca, pp. 35-46.
- BRANDIS, D.; TROITIÑO, M. A. (1975): «Los Paisajes Naturales de Avila». En *Los Paisajes Naturales de Segovia, Avila, Toledo y Cáceres. Estudio Geográfico* (Dir. E. Martínez de Pisón). Madrid. Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 49-105.
- BULLON, T.; TROITIÑO, M. A. (1984): «Manuel de Terán Alvarez (1904-1984)». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 4/1984, pp. 13-25.
- CAMPESINO FERNANDEZ, J. A. (1989): «Geografía y práctica profesional: una asignatura pendiente». *Revista de Geografía de la Universidad de Barcelona*, Vol. XXIII, pp. 5-30.
- CAPEL, H. (1982): «Positivism and antipositivism in the science of geography. The example of geomorphology». En *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*. Oviedo, pp. 256-260.
- CASAS TORRES, J. M. (1954): «Geografía Aplicada». *Geographica*, Vol. I, 1, pp. 3-9.
- CASAS TORRES, J. M. (1964): «Estado Actual de los Estudios de Geografía en España». En *Aportación Española al XX Congreso Geográfico Internacional*. Ed. C.S.I.C. - Instituto de Estudios Pirenaicos. Madrid, pp. 275-289.
- CLAVAL, P. (1987): *Geografía Humana y Económica Contemporánea*. Ed. AKAL. Madrid.
- CLAVAL, P. (1988): «El futuro currículum del geógrafo». En *Espacios Rurales y Urbanos en Áreas Industriales. II. Congreso Mundial Vasco. Geografía*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona, pp. 235-250.
- CLEMENTE CUBILLAS, E. (1986): «La Geografía Ante los Problemas del Territorio». En *Jornadas de Geografía y Urbanismo*. Ed. Junta de Castilla León. Salamanca, pp. 23-28.
- CHISHOLM, M. D. I. (1985): «La Geografía y el Problema de la Relevancia», en *Teoría y Método de la Geografía Humana Anglosajona*, edición a cargo de María Dolores García Ramón. Ed. Ariel. Barcelona, pp. 132-136.
- DOLLFUS, O. (1975): *El Espacio Geográfico*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- ESTEBANEZ ALVAREZ, J. (1987): «La imagen de la geografía cuantitativa elaborada por sus oponentes». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 7, pp. 53-59.
- ESTEBANEZ ALVAREZ, J. (1990): «El Carácter de la Geografía», en *Geografía Humana (Coord. Rafael Puyol)*. Ed. Pirámide. Madrid, pp. 17-65.
- FERRIER, J. P. (1984): *Antée I: La géographie, ça sert d'abord a parler du territoire, ou le métier des géographes*. Aix en Provence. Edisud, 1984.
- FISHER, A. (1988): «A propos de l'évolution de la Géographie française». *Cahiers de Géographie du Québec*, 87, pp. 353-354.

- FRACIER, J. R. (1978): «On the emergence of an applied geography». *Professional Geographer*, Vol. 29, 3, pp. 233-237.
- GARCIA FERNANDEZ, J. (1982): «La Geografía y las Otras Ciencias». *II Coloquio Ibérico de Geografía*. Centro de Estudios Geográficos. Lisboa, pp. 203-218.
- GARCIA RAMON, M. D. (1988): «La Geografía como compromiso social: un recorrido desde la geografía social a la geografía del género», en *Espacios Rurales y Urbanos en Areas Industrializadas. II Congreso Mundial Vasco. Geografía*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona, pp. 213-234.
- GARCIA RAMON, M. D. (1988): «Género, espacio y tiempo: ¿hacia una renovación conceptual de la geografía? Una introducción». *Documents D'Anàlisi Geogràfica*, 12, pp. 223-241.
- GARCIA RAMON, M. D. (1989): «Nuevos Enfoques y Temáticas de la Geografía Internacional a Finales de Siglo. Una Introducción». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, pp. 5-9.
- GEORGE, P. (1970): *Geografía Activa*. Ed. Ariel. Barcelona.
- GEORGE, P. (1984): «A Propos de la Géographie Active. Reflexión sur les responsabilités des géographes». *Herodote*, 33/34, pp. 213-221.
- GEORGE, P. (1989): *Les hommes sur la Terre. La Géographie en mouvements*. Seghers. París.
- GILBERT, A. (1988): «La Géographie doit revenir sur terre ou la difficile utilisation du savoir géographique». *Cahiers de Géographie du Québec*, Vol. 32, 87, pp. 283-289.
- GOMEZ MENDOZA, J.; MUÑOZ JIMENEZ, J.; ORTEGA CANTERO, N. (1982): *El Pensamiento Geográfico*. Ed. Alianza. Madrid.
- GOMEZ MENDOZA, J. (1986): «Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución del pensamiento en Geografía Humana (1970-1985)», en *Teoría y Práctica de la Geografía* (Coord. Aurora García Ballesteros). Ed. Alhambra. Madrid, pp. 3-43.
- GOMEZ MENDOZA, J. (1989): «Actualidad de la Geografía Regional». *Ería*, 19/20, pp. 101-113.
- GOTTMAN, J. (1966): «De la Methode d'Analyse en Géographie Humaine», en *Essais sur l'aménagement de l'espace habité*. Mouton. París, pp. 79-93.
- GREGORY, D. (1984): *Ideología, Ciencia y Geografía Humana*. Oikos-Tau. Barcelona.
- GRUPO MERIDIANO (ACOSTA, G. et al.) (1988): «Formación del Geógrafo y Sistema Educativo». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 6, pp. 33-50.
- GUIGO, M. (1989): «Nouveaux Modes D'Operer Scientiphiques et devenir de la Géographie». *L'Espace Géographique*, 2, pp. 106-112.
- HARVEY, D. (1985): «Sobre la historia y la condición actual de la Geografía: un manifiesto materialista histórico». En *Teoría y Método de la Geografía Humana Anglosajona* (Edición a cargo de M. D. García Ramón). Ariel. Barcelona, pp. 149-163.
- HERIN, R. (1988): «La Géographie Sociale, une autre maniere d'etre geographe ?» en *La Geografía Española y Mundial en los Años Ochenta. Homenaje a Manuel de Terán*. Ed. Universidad Complutense de Madrid, pp. 261-276.
- ISNARD, H. (1978): *L'Espace Géographique*. Presses Universitaires de France. París.
- ISNARD, H. (1985): «Espace et Temps en Géographie». *Méditerranée*, 3, pp. 13-19.
- JOHNSTON, R. J. (1984): «A Foundling Floundering in Word Tree». En Mark Billinge, Derek Gregory, Ron Martin (Eds): *Recollections of a Revolution Geography as Spatial Science*. Macmillan. London.
- JOHNSTON, R. J. (1986): *On Human Geography*. Oxford. Basil-Blackwell.
- JOHNSTON, R. J. (1988): «Perspectives on applied geography» en *La Geografía Española y Mundial en los Años Ochenta. Homenaje a Manuel de Terán*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, pp. 125-139.
- JOLY, F. (1989): «La Géographie, Une Science De L'Environnement». *L'Espace Geographique*, 2, pp. 114-115.
- LACOSTE, Y. (1977): «¿Por qué Herodote? Crisis de la geografía y geografía de la crisis», en *Geografía, Ideologías y Estrategias Espaciales (Edición y estudio introductorio a cargo de Nicolás Ortega Cantero)*. Dédalo. Madrid, pp. 25-66.
- LACOSTE, Y. (1977): *La Geografía un Arma para la Guerra*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- LACOSTE, Y. (1984): «Les géographes, l'action et le politique». *Herodote*, 33-34, 1984, pp. 2-32.
- LOPEZ PALOMEQUE, F.; MORELL, R.; URTEAGA, L.; VILAGRASA, J. (1986): «La Enseñanza Universitaria de la Geografía y el Empleo de los Geógrafos». *Geocrítica*, 64.
- MATEU I LLEVADOT, X. (1985): «Notas sobre la Geografía profesional en Cataluña». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 6, pp. 51-55.
- MCTAGGART, D. (1988): «La Géographie Moderne et la Pensée Ecologique». *Cahiers de Géographie du Québec*, 87, pp. 321-326.
- MERCIER, G. (1988): «L'Utilité Sociale de la Géographie». *Cahiers de Géographie du Québec*, 87, pp. 353-360.
- MERLIN, P. (1988): *Géographie de l'aménagement*. Presses Universitaires de France. París, 1988.
- MORALES, G. (1989): «La Relación Disciplinar entre Geografía y Ordenación Urbana». Departamento de Geografía. Universidad de Oviedo, 19 pp. (inédito).
- OLIVA ESPALLARDO, J. (1984): «Geógrafos Planificadores». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 1, pp. 53-61.

- OLIVA ESPALLARDO, J. (1987): «Geógrafos Profesionales de la Ordenación y Planificación Territorial. Censo General». *Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles*, 5, pp. 61-90.
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y Cultura*. Ed. Alianza. Madrid.
- ORTEGA CANTERO, N. (1988): «Sobre las manifestaciones recientes del pensamiento geográfico en España», en *La Geografía Española y Mundial en los Ochenta. Homenaje a Don Manuel de Terán*. Ed. Universidad Complutense de Madrid, pp. 299-312.
- ORTEGA VALCARCEL, J. (1986): «Geografía y Planeamiento. Aportación de los Geógrafos al Planeamiento Urbanístico», en *Jornadas de Geografía y Urbanismo*. Ed. Junta de Castilla y León. Salamanca, pp. 57-67.
- PEÑA, O. (1988): «Les Septs Piliers de la Géographie». *Cahiers de Géographie du Québec*, 87, pp. 269-276.
- QUERO, D. (1986): «El Geógrafo en el Desarrollo del Planeamiento y de la Ordenación del Territorio», en *Jornadas de Geografía y Planificación*. Málaga, 9 p. (inédito).
- RACINE, J. B. (1981): «Problématiques et methodologie: de l'implicite a l'explicite», en Isnard, Racine, Reymond: *Problématique de la Géographie*. Preses Universitaires de France. París, pp. 85-162.
- RIOS IVARS, J. (1984): «La expresión geográfica del paisaje urbano. Homenaje a Manuel de Terán». *Arquitectura y Vivienda*, 1.
- SACK, R. D. (1988): «El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinarios». *Documents D'Anàlisi Geogràfica*, 12, pp. 223-241.
- SANTOS, M. (1990): *Por una Geografía Nueva*. Ed. Espasa Calpe. Madrid.
- SMITH, D. M. (1980): *Geografía Humana*. Ed. Oikos-Tau. Barcelona.
- STAMP, D. (1965): *Geografía Aplicada*. Ed. Eudeba. Buenos Aires.
- TAYLOR, P. J. (1985): «The value of a geographical perspective». En R. J. Johnston (Ed.): *The Furure of Geography*. Methuen. London, pp. 92-110.
- TERAN ALVAREZ, M. (1978): Prólogo al libro de A. Oliveras: *La Enseñanza en Madrid. Análisis de una Función Urbana*. Ed. Instituto de Estudios Madrileños. Madrid, pp. 11-13.
- TRICART, J. (1984): «L'Ecogéographie. Approche systémique et aménagement». *Herodote*, 33-34, pp. 231-250.
- TROITIÑO VINUESA, M. A. (1984): «La Geografía Española ¿Una Ciencia Espacial sin Especialistas en el Análisis y la Ordenación del Territorio?». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 1, pp. 47-52.
- TROITIÑO VINUESA, M. A. (1989): «El Plan Especial de Protección y Regulación de Recursos en el Area de Gredos». *Ería*, 19, 1989, pp. 129-138.
- WATTS, M. (1989): «La Geografía y la Lucha en Defensa del Medio Ambiente: La Integración de la Ecología Humana y la Economía Política o ¿Marx Era Rojo y Verde?». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, pp. 109-126.